

EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICION.

OFICINAS DEL PERIÓDICO.

MADRID, un mes, 6 reales.—Provincias, trimestre, la suscripción de-
recta, 24; por correspondencia, 30.—EXTRANJERO y ULTIMAR, 60.

Calle de los Caños, núm. 1, Madrid.—Se suscribe en todas las librerías
y en la Administración. Se insertan anuncios y comunicados.

INSTRUCCION.

MORALIDAD.

REDICION.

PASEOS POR LA CIUDAD ETERNA.

ESTUDIOS HISTÓRICOS PARA "EL GLOBO."

Erán los primeros días de Abril, en el año 1868, y habíamos ido a visitar con estudio y profusión las ruinas que no habíamos ido allí a tratar con los vivos, sino a tratar con los muertos; no habíamos ido a ver las tiendas del moderno Corso, sino los restos del antiguo mundo. Un día entramos en la iglesia de Santa María de los Angeles a contemplar vistoso cuadro del Dominiquino y severa cátedra de San Bruno, enciclopedia por cierto alemán contemporáneo. La iglesia es un fragmento de las termas de Diocleciano, arregladas a las exigencias de nuestro culto por el genio de Miguel Ángel. Pero el Dios católico no ha podido expulsar a los romanos de este monumento, como no ha podido expulsar a los árabes de la mezquita de Córdoba. En las dilatadas estancias, en las gruesas columnas, semejantes a gigantes troncos de árboles seculares; en los arcos, de un atrevimiento y de una solidez incomprendibles, descubrese la grandeza romana vinculada un poco del genio sásidico que penetraba en la decadencia por todos los poros de Roma. Es ineficaz la impresión de grandeza colosal que en el ánimo dejan estos salones interminables donde se jugaba, se departía, se pasaba, se veían fiestas gimnásticas, se contaban historias, y se oía la buca declamación imperial, sustituyendo a la antigua docencia republicana. Mas cerca de allí había dos restos igualmente célebres, que debíamos visitar con igual cuidado. El uno remontaba a los tiempos de la primitiva monarquía, y era el Campo de Marzio, aquel representante entre los reyes de la democracia, destinada a rebasar en el mundo; y el otro remontaba a los primeros tiempos del imperio, y era el campo de aquellos pretorianos que padecieron y tiranizaron la tierra, concluyendo por sacar la autoridad de los Césares a pública subasta en vil mercado. Planamos sus dilatados espacios, y subimos a la cima de sus basílicas, después de haber visitado varios camarines que parecen hoy sálicas madrigueras, y que eran entonces alojamientos de aquellos soldados, a cuyo arbitrio se rendía toda entera la tierra.

¡Qué hermosa vista desde aquellas alturas! Hacia Occidente, la ciudad con sus rotondas y sus intercolumnios, elevándose entre laberintos de ruinas; al Norte, las colinas tachonadas de nieve y teñidas de esmaltes azules; al Mediodía, el campo romano con sus bosques en primer término, donde se enlazan los pinos con los cipreses y los cipreses con las hayas, y en segundo término la inmensidad cortada por los arcos de gigantesco adonecto, por las líneas de despedidos sepulcros, por las sombras de grutificos colosales envueltas en los vapores de la *malvaria*, que parece el aliento de la *malvaria* y *Tiberio* el *Libero* de colores vivos y realzadas por los tonos de una luz verdaderamente deslumbradora, las antiguas regiones de la Sabina, que por empinados montes se extienden, sembradas de pueblos, cuya posición y cuyos recuerdos los dan aspecto de blancos pantanos, sobre los cuales vagaba, como el espíritu de insepultos mares, la vana imagen de la antigua Roma.

¡Ay! El polvo hollado por nuestras plantas guarda maravillosos recuerdos. Estamos en el campamento pretoriano, fábrica de la tiranía. Aquí se forjaron las cadenas, cuyo peso debía ahogar a la tierra. En estos espacios los veteranos de César, los ebrios soldados de Antonio, corrompidos por todos los vicios y adulados por todos los ambiciosos, cambiaron las curias en campamentos, el Senado en cuartel, las magistraturas en imperio, los concilios en legiones, los tribunales en cuarteles; aquí los demagogos vinieron, después de inmolado el dictador por las manos crueles, pero justicieras, de Casto y Bruto, a impedir el renacimiento de la república y ahogar en el humo de los incendios la aspiración a la libertad; aquí se arrastró el astuto Augusto a los pies de estos gentes en armas, para llevarlas a sacrificar sus competidores y a ceñirse él, en aquellas sus débiles sienes, la corona de la tierra; estos muros abrigaban a los que acabaron de fundar la tiranía y de fortalecerla; a los que ahogaron a Tiberio con las almodabas de su cama y lo sustituyeron el débil Caligula; a los que soporaron la infancia de Claudio y de Nerón; a los que recibieron, para abrirlo paso al trono, el oro y las promesas de Galba, y luego lo dejaron caer y morir porque no les había dado bastante; a los que marcharon tras Otón, cuyos vicios resucitaron la política neroniana; a los que ensangrentaron las calles de Roma y convirtieron sus plazas en circos de gladiadores donde se degollaban unos a otros los partidos y los Césares rivales; a los que un día colgaron en alto la pura imperial y le pusieron precio, entregándola a un potentado porque ofrecía más oro, como si fuera la reina de las naciones inermada mancha de los ejércitos.

A la verdad, el campo pretoriano se organizó y se fortaleció como un poder permanente en tiempo de Tiberio. Sin él, sin su institución, la tiranía no hubiera durado tantos siglos, hasta concluir por corromper la ciudad y entregarla a la ruina y a la ruina de los bárbaros. Para completar el cuadro de los males que puede traer a un pueblo la muerte de la libertad por los males que a Roma llevó su servidumbre, me permití al lector que resucite una escena fidelísima, en cuanto alcanzan mis fuerzas, de lo que fué el pretorianismo permanente en la Ciudad Eterna. Cualquiera que haya saludado la historia romana sabe estas tres cosas fundamentales: que la tiranía fué fundada por el genio de César, y establecida por la astucia de Augusto, y organizada por las maldades de Tiberio. Y el que verdaderamente la organizó en nombre de éste, fué Sejano, su privado, su favorito, su ministro, al cual vamos a ver en escena, en una escena verdaderamente trágica.

Entramos al campo de los pretorianos, situado al Norte de Roma, entre la puerta Colina y la puerta Viminal; entramos a verlo tal como estaba en el siglo primero de nuestra era y bajo el reinado de Tiberio. Lo que más llamara nuestra atención, según que al campo nos aproximamos, sería los barrios militares, una especie de poblaciones ambulantes, de suburbios inciertos, donde se aglomeran los chalanes, los taborneros, las vírgenes terceras, las bellas manebales, las cantinas, las figones que en sus ratos de ocio y de exparcimiento sirven al soldado, y sobre todo, a una especie de soldado sin cuyos brazos y sin cuyas armas no se concebía el imperio; soldado, por tanto, mimadísimo, y hasta corrompido en una corrupción sistemática. Luego se descubre un cuadrado, y en este cuadrado encerrada una ciudad militar, compuesta por gran número de tiendas de campaña. Cuatro fosos se extienden a los cuatro frentes; muros espesos hechos de tierra se elevan sobre los fosos; empalizadas, con grande arte concebidas, se elevan a su vez sobre los muros; cuarteles, en la mitad exacta de cada línea cerrada, abren paso, llamándose Pretorianos la que está a uno de los extre-

mos del eje perpendicular, porque al través de ella entra y sale el general; ancho camino de cintura, paralelo a los fosos y a los muros, deja medias fáciles a las comunicaciones y a las marchas, y al cómodo almacenamiento de los víveres; líneas de tiendas se dirigen desde un borde a otro del camino de cintura, abrigando las una coronada la infantería y la caballería las más alejadas; dos largas vías en cruz, a cuyos cuatro extremos se hallan las cuatro puertas, dividen el campamento; en el centro, en la intersección de los ejes perpendicular y horizontal se eleva el pretorio, sitio del mando en jefe, a cuyos dos lados brillan los altares de los sacrificios, las aras de los augurios, y a cincuenta pasos más allá surgen los doce alojamientos de los tribunos militares, que vienen a ser como el núcleo de toda aquella fuerza; del lado de los Augurios, el Foro ó mercado, y al otro lado la questura ó tesorería, seis columnas perpendiculares forman las tiendas, y entre estas seis columnas se extienden caminos de cincuenta pies de anchura; disposiciones admirables de una com-

binación geométrica tan sabia y tan segura que permitieron tener sin género alguno de embarazo todo el campamento en una ciudad de esta género, desde el templo hasta el tribunal, y desde el molino hasta la laguna, en completa regularidad y en severísimo ordenamiento. En la hora de medio día dormaban los soldados un rancho en corro y de pie junto a espesísimas masas, cuando resaca trótopos y timbales que anuncian la llegada del general en jefe, ó sea del prefecto único, del pretorio a la sazón, el aruso Sejano, omnipotente en el ánimo de Tiberio, después de la muerte de Livio, como si el opresor de la tierra estuviera destinado a vivir bajo opresión perpetua. El origen de la fortuna de este hombre dependió de un acaso, muestra del imperio que los sucesos en el despotismo ejercen, como en verdadero juego de azar. Un día que Tiberio se figurara en una gruta de la Campania, desplomóse la bóveda y sus piedras aplastaron a varios de la comitiva en rededor, salvándose el por un esfuerzo de Sejano, que con su brazo paró del desplome. Desde

entonces Tiberio creyó que le debía la vida al esfuerzo y que estaba obligado por tanto a pagarle con toda suerte de favores. Así, cuanto se le antojaba, conseguía. Favorito único, y en consecuencia dispensador de todas las gracias; ministro universal, y en consecuencia depositario del poder supremo; prefecto del pretorio y en consecuencia jefe de la soldadesca reunida, concentrada, dispuesta en el campo pretoriano como en una guerra, Sejano pasaba el verdadero emperador y Tiberio su sombra. Bien podía, pues, llamarse al favorito dueño del dueño de la tierra. Suya había sido la idea de reunir el mayor número de legiones en Roma y tenerlas allí en campamento fortificado y perpetuo bajo una sola mano, para empujarlos en hora oportuna sobre el pueblo, y aniquilarlo, si tenía veleidades de reclamar su derecho. Así Sejano, el prefecto único del pretorio era verdaderamente el emperador de Roma en este momento.

Cierta día, cuando los soldados de pie en torno de toses meyas, a las doce de la mañana, aterra el

de sus nombres; vosotros de vuestras acciones. Sois para el trono del emperador, como el zócalo para la columna, mientras ellos son la herradura y la polla. A veces validos, como los españoles, y ellos atañidos, como los griegos. Sois capaces de vencer, si preciso fuese, a Cantabria, y ellos capaces de adular a Corinto. Nada hay en Roma como el soldado. Todo se mantiene en sus brazos, desde el palacio de los Césares, hasta la taberna de los plebeyos. Comed, reid, emborrachados, gozad; vosotros debéis gustar todos los placeres, porque sin vosotros ninguno existiría en Roma; como no fuera el placer de las charlatanerías de los Roseros, seguidos por los horrores de las civiles guerras. Así yo vengo cargado de dones militares, a recompensar a los que nos preservan de las disensiones y de las asonadas. Toma tú, Centurión, el asta que mereciste en las villas del Etilia, por haber comulgado cuerpo a cuerpo con tres germanos y haberlos domado a todos. Soldado de a caballo, más ligero que un pajarito, recibe este collar de plata en memoria de tus heroicas correrías, y ajustalo con precisión a tu garganta. Vosotros, decuriones, repartiros esos brazaletes de oro, que llevan unido el nombre de Tiberio el nombre de Sejano. Oficiales, las enseñas blancas y purpúreas que flotan sobre vuestras banderas como la señal del valor y de la victoria, están aquí, en mi poder, para distinguirlas y para honrarlas. Vosotros, jefes, tomad las coronas de todas dignidades; que al calor de mi poder brotan diademas y dones de milites, como brotan flores y frutos al calor del sol. Así, negociados, que la alegría es la salud. Concedi los brazaletes, pues, a los que no tienen oídos. Estad siempre dispuestos a castigar a todos los rebeldes, pues la negligencia es más para que la diligencia. Ya sé yo que hablabais de política como recitar larga historia a burro sordo. Pero dispuestos a todo, no os pareis en cosas pequeñas ni desentais por la falta de las cabras. Mientras cada romano se vea, según su estatura, y su calce, según su pie, dejado en paz, pero si a mayores se levanta y perturba el Imperio, no tengáis de él piedad. Ni todos aquellos que tienen cítaras saben tocarlas, ni todos aquellos que obedecen a Tiberio y a Sejano saben comprenderlos y administrarlos. Pero que los coros no quieran enseñar a leer a Minerva, ni los simples y modestos plebeyos quieran a su vez enseñarnos a imperar a nosotros. La frente está antes de la boca. Y mientras seáis fieles tendremos muchos oídos que vendan; pues quien tocase la autoridad del César sería tan infeliz como si hubiera tocado el ojo de Tífolas.

Estos discursos, llenos de refranes, henchidos de promesas, bárranos como los juegos del campamento, corruptores como la historia, consagrados a suscitar todas las pasiones contra todas las morales grandezas, daban ser muy gustados de los soldados, y resonaba con una inmensa resonancia en los campamentos. Si a esto se añade que colocó en fila de batalla las cohortes que pasó delante de todas ellas según de los cuarteles; que entregó por su propia mano las pagas y recibió los memoriales; que a cada soldado le saludó con su nombre propio, y a todos les despertó las purras pasiones; que visitó la prisión y dio libertad a muchos prisioneros; que, alarde en el pretorio, repartió gracias y ascensos, nombrando, entre otros dignidades, varios tribunos, se comprendía fácilmente, cómo el feroz, las aclamaciones más soldadescas le seguían, y el choque de los rodillas en los cuarteles de acuerdo saludaban, diciéndole que tenía en sus manos la suerte del mundo, y, por consiguiente, que podía prescindir de todas las leyes morales, y atrovase a todas las crueldades y a todas las infamias en un desenfrenado despotismo.

Benito Castela.

SANTA CRUZ.

¡Habéis dado una vuelta por Santa Cruz! Yo no falté ningún año; cuando era niño, no siempre conseguía visitar aquella feria infantil y ruidosa, y ahora me reazro, y los pies me llevan hacia los puestos de juguetes. El desgarrado son de las chibarras, las notas bajas e intermitentes de la zambomba, la alegre y metálica pandereeta, el agitado sonido del rabel y el redoblar de los tambores; es la orquesta de la Navidad; su tradicional estruendo me subyuga y la poesía de los recuerdos da a ese extraño cadencia y melodías; es una gran maestro conocer del caprichoso y curioso gusto de los chicos. Para disfrutar los placeres de Navidad, buena es preceidirse de la formalidad, mezclarse entre la gente menuda, y echar de encima todos los años que se pueda. Si, allí veo los orgullosos y vanos rabelos, cuya abultada y roja vejiga promete en el instrumento raudales de sonido; pero con tanta pompa y adornos solo exhalan grandes ruidos y ruidos; yo no he vis o rabelos en otra parte... ¡ah! sí, los hay en todas partes donde los hombres se reúnen: son sencillos panzudos y de vistoso aspecto, que ademan y dan majestad a una corporación siempre que collan. En cambio las chibarras me parecen viejecillas chilonas que escandalizan sin motivo todo un barrio; su sonido es semejante al grito de las gallinas cuando las degollan. Las pandereetas son muchachas ronzonas y traviesas que con solo moverse alegran y animan a la gente; pero que son más expresivas cuanto más se les maltrata. Las zambombas, esas gentes sencillas que hacen el papel de comparas, sirviendo de acompañamiento únicamente. Pero los tambores, esos son los reyes de la fiesta, los hombres que hacen ruido y ahogan con sus golpes todos los otros instrumentos; cuando en bandas recorren las calles y plazas, callan las arpas, las flautas y los pianos; pero el instrumento es imponente. El tambor es el instrumento popular por excelencia; una banda de tambores tocando a toda fuerza, es una parva musical.

Pero abandonemos a los hombres; la fiesta de ayer es únicamente infantil; los muchachos conservan la verdadera y alegre tradición de Noche-buena. Para los donas, es una especie de animación, de regalos, de payo asado y de besugo; los chicos tienen sus pensamientos en Bellem, soñan despiertos con los magos, el ángel que da la noticia a los pastores, y su imaginación crea espléndidos nacimientos. Gozo al ver sus caritas inocentes, con los ojos y la boca muy abiertos, mirando con avidez esos paisajes de bullo que exhiben en los puestos. Aquellas rocas jaspeadas, aquellas cordilleras blancas, las cascadas de cristal, la arena y el musgo pegados con cola en el cartón; las masitas de barro, los pastores coniendo gachos y los pavos mayores que los hombres. No importa que haya anacronismos y que los pastores de Nazareth vistan como los pastores de la Alcarria; que se mecen en su vegetación tropical, con otra propia de los polos; que contra las reglas de la perspectiva, las figuras del fondo tengan mayor tamaño que las del primer término. La buena voluntad de los muchachos convierte en buena cualidades los defectos; las patas de mambro de las vacas, el gallo, del



La Noche-Buena (Dibajo de D. Ricardo Vilobas, grabado por D. Joaquín Laporta.)

anuncio de que el general en jefe, prefecto único del pretorio, se ha presentado. Los oficiales quisieron interrumpir la comita para correr el encuentro de tan alto personaje; pero otro anuncio de trompas y timbales impone la orden imperiosa de apurar el rancho. En cuanto éste se ha concluido, y lo han dicho así las boinas del campamento, preséntase perfumado como una mujer, vestido como un cómico, arrojando a todos lados besamanos como un atleta del circo, seguido de su comitiva de eunucos, gréculos, espías, esbirros y demás podridos seides de la fortuna y del poder, Sejano, prefecto del pretorio. Como buen grieco, es el favorito de refinada astucia, y como buen astuto, de profunda malicia, y como buen malicioso, sabe que en el mundo ya no queda otra autoridad que la fuerza, y la fuerza está en los cuarteles. Así, para elevarse sobre la corona de los Césares, se arrojaba a las plantas de los pretorianos. Y para tener a su lado los pretorianos, lisongéalos de la misma suerte que los coetáneos le lisongéaban a él, vilmente.

—¡Hola! les dice. Muchachos, ¿habéis comido bien? Los rancheros han sazonado vuestras bodrias! Empeñad el codo cuanto queráis hoy en honor de César

y de su Prefecto, cuya única ocupación es vuestra ventura. Tú, Servo, viejo vascador de Autium, tomas esos monedas. Tú, Saturnino, que has pinchado un tanto rebelde, apóprate en esta infamia, y suena en una plática embriaguez. Tú, Feliciano, ten ese collar para tu guarda, y cuando la requiera de amores, échale a pronunciar el nombre de la general y a bendecirlo. Tú, Fontego, toma ese juego de dados, y fúndese la fortuna como foraste a las mujeres de Fenigia. ¿Quién os ofende! ¿Quién podría ofenderos que no recibiese la muerte! Yo tengo por dioses laros los centuriones. Yo les quiero invidioso, porque a ellos se debe la salud del Imperio. Donde vosotros estáis, está Marte, y donde está Marte pronto aparece Venus. Cuando os alojáis por las casas de Roma, tenéis que sufrir las impertinencias de los empujados, ahora que los empujados sufren vuestra autoridad incontestable y vuestra fuerza avasalladora. Ahí se me han presentado varios un quiza con un diente y un ojo de menos, con una giba y un tumor de más, queriéndome de vosotros y diciéndome que los habíais golpeado; a todo lo cual contesté que golpes dados por vuestras manos honran y anatecen. Algunos han insistido y los he recorda-

do la ley Camila, que da por juez un centurión a todo aquel que de otro centurión se queja. Como gritaron y me interrumpieron a este recuerdo, creyéndome todavía un tiempo de libertad, les he recordado que si insisten locamente en perseguir a los soldados, se apebarán a luchar con toda su cohorte. Vuestras sandalias de tres suelas claveteadas por el más fuerte y el más brillante hierro, son las segurísimas bases del trono de los Césares. Con esos clavos de vuestros zapatos ha fijado Tiberio la ruca de su fortuna. Así vosotros sois los verdaderos y únicos ciudadanos de Roma. Vosotros podéis estar en vida de vuestros padres y disponer de los bienes recibidos bajo las potentes alas de vuestras agruras y sobre los campos sagrados de la guerra. Los patriotas de Roma murmurarán; pero los a manubias fatigadas de sus murmuraciones. Los esos alabores se han vuelto muros como los ardores de Rádua. Los llamamos patriotas cuando tienen patria, como llamamos tigre al perrillo que lame nuestras manos y el aceite de vuestras lamparas. Ellos descienden de Hércules, de Numa, de Cincinato; vosotros descendéis del Tigris, del Eufrates, de Germania, de Eumonia, de donde roinan la guerra y la muerte. Encargáoselos ellos

EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO

Quando en Abril del presente año dábamos principio á la publicación de *EL GLOBO*, juzgábamos casi insuperables las dificultades con que habíamos de luchar hasta hacerlo obtener carta de naturaleza en la opinión. Con buena voluntad contábamos, tentamos medios de responder á los compromisos que se originan de tales empresas desde sus comienzos, sabíamos que no había de faltarnos la entera simpatía de los que, en medio de los horrores de esta guerra en que nos hallamos envueltos, cultivan las ciencias y las artes; escritores y artistas reputados nos habían ofrecido su colaboración; faltábanos, empero, lo principal; esto es, el apoyo, la aquiescencia, la benevolencia del público. De poco sirvió que un periódico satisficiera los deseos de los literatos ó de los artistas, ó de los sabios, si la generalidad le acogía con desden; porquo un periódico diario necesita para subsistir del apoyo de todos los lectores, ya sean sabios, ya ignorantes. Mejor dicho: un periódico diario ha de responder á una necesidad general para sobrelevar los gastos considerables que su publicación ocasiona.

Que *EL GLOBO* cumple con esta condición necesaria, hártolo declara la gran circulación que ha logrado en el corto tiempo que cuenta de vida. Esto demuestra que no nos equivocamos cuando creímos llegado el tiempo de dar á luz en esta España, tan trabajada por las discordias políticas, un diario que, sin ser órgano de ningún partido, lo fuera de todos los españoles; un periódico que, prescindiendo de la política que divide á los hombres, consagrara sus tareas á la ciencia, al arte, á la literatura, á la agricultura, á la industria y al comercio que los unen en estrecho lazo.

La acogida que ha dispensado el público á un periódico que ha procurado hacer olvidar las diferencias que separan á los españoles y llamar su atención hacia las conquistas del trabajo, hacia los progresos científicos, artísticos ó industriales que dentro y fuera de España se verifican, demuestra bien á las claras que por fortuna no tiene la política el privilegio absoluto de fijar la atención de nuestros compatriotas, y que fuera de ese campo, en que tantas riquezas se han destruido, malgastado tantos esfuerzos, esterilizado tantos progresos y derramado tanta sangre generosa, hay algo interesante, algo capaz de excitar las simpatías de los hombres de buena voluntad.

No se debe, no, la popularidad que obtiene *EL GLOBO*, á nuestros humildes esfuerzos; débese únicamente á la eficacia de la idea que preside á su publicación. Por esto nosotros, lejos de variar de rumbo ni de conducta, seguiremos el camino que desde el principio nos trazamos, introduciendo tan solo en nuestra publicación aquellas reformas que completen y perfeccionen nuestro pensamiento. Acaso parecerán modestas nuestras pretensiones á los que solo ven al cabo de las campañas periodísticas el poder y los empleos; bastanos la humilde misión que nos hemos impuesto para satisfacción de nuestra conciencia. No aspiramos ni admitimos mercedes ni honores que no procedan directamente del público, único Mecenas á quien todos nuestros escritos van encaminados, y con cuyo apoyo podemos contar, mientras nuestros propósitos estén conformes con sus sentimientos.

Vencidos todos los obstáculos que se oponían á la prosperidad de nuestra empresa, esta puede decirse que comienza á realizar sus propósitos y á desarrollar sus planes. Nuestra publicación, hasta el momento presente, no debe ser considerada sino como un ensayo, feliz, es cierto, y coronado del mejor éxito, pero ensayo al fin y como tal cosa incompleta y susceptible de gran mejoramiento. Mientras llega el día en que podamos satisfacer todas nuestras aspiraciones en este punto, juzguese lo que será *EL GLOBO* por el siguiente programa que

ofrecemos á nuestros lectores, en la confianza de que estimarán nuestra obra, si no por perfecta, por bien intencionada.

Todos los números de *EL GLOBO* contendrán alguna cosa digna de llamar la atención del público; ya un artículo debido á uno de los más distinguidos escritores que nos honran con su colaboración, ya un dibujo de uno de nuestros primeros artistas, ya la reproducción de un cuadro celebre; ya, en suma, la relación exacta y detallada de cualquier acontecimiento que sea digno de especial mención.

Ordinariamente nuestro periódico contendrá dos artículos, científico el uno y literario el otro; una revista, ó bibliográfica, ó teatral, ó musical, ó de salones, ó humorística, ó de modas; noticias del extranjero y noticias del interior; variedades, ó sean anécdotas, máximas, sentencias, noticias científicas, etc., etc., y una sección de noticias de espectáculos, la más completa que, seguramente, se ha de publicar.

Desosos de dar un interés de actualidad á nuestro diario, hemos elegido cuidadosamente, para reseñar todos los acontecimientos que sean dignos de mención, los escritores más distinguidos y acreditados en la especialidad á que se consagran.

Nuestro corresponsal en el extranjero, encargado de dar cuenta á los lectores de *EL GLOBO* de todos los acontecimientos más notables que se verifiquen fuera de España, es el ilustre escritor, el gran tribuno D. EMILIO CASTELAR.

El autor de nuestras REVISTAS DE TEATROS encubre su nombre bajo el pseudónimo de *Un aficionado*; pero hártolo lo publican su estilo incomparable, su gran erudición y la imparcialidad de sus juicios.

También encubre su nombre verdadero el distinguido escritor que consigna en las columnas de *EL GLOBO* los sucesos de los salones.

El marqués de Valle Alegre, autor de las CARTAS MADRILEÑAS, es el más sagaz observador de los misterios de la *high life*, y el más celebrado cronista de las fiestas del gran mundo.

El cronista musical de *EL GLOBO* se llama don Antonio Peña y Goñi. Su nombre es su mejor recomendación; la justa fama que han alcanzado sus REVISTAS de *El Imparcial*, *La Crítica*, *La Ilustración* y *EL GLOBO*, dicen más en su favor que cuanto nosotros pudiéramos expresar.

Un distinguido abogado del Colegio de Madrid escribirá oportunamente REVISTAS DE TRIBUNALES para *EL GLOBO*; empresa nueva en nuestro país, donde la prensa guarda silencio casi absoluto sobre las cuestiones que atañen á la administración de justicia. Lectura amena é instructiva, á un tiempo mismo, proporcionan las revistas de tribunales; amena por lo dramático de muchos sucesos que consignan; instructiva por la cuestión de derecho que todos aquellos sucesos encierran; y que los tribunales dilucidan y esclarecen.

El Sr. Castelar en sus cartas trata de asuntos apropiados á su talento; de asuntos europeos: nuestro corresponsal *Falano* se ocupará en las suyas de la vida diaria de París. No se cometerá un error de los destinados á la celebridad, de que el no dé cuenta á correo seguido á los lectores de *EL GLOBO*; no se estrenará una comedia en cualquier teatro parisiense, desde el Francés hasta el de Montmartre; ni se expondrá un libro en los escaparates de la Librería Nueva; ni el baron Brisse inventará un guisado; ni Duinas, hijo, dirá una frase ingeniosa sin que llegue á noticia de nuestros lectores. Todo, desde la política hasta las balharinas de la Nueva Opera; todo lo notable que ocurra desde la Villette á Auteuil, y desde Batignolles á Saint-Mandé, caerá bajo la jurisdicción de nuestro revistero.

De París nos vienen las modas, y de París han de venir, por consiguiente, las REVISTAS DE MODAS. Una señora española, que habita desde hace muchos años en la capital de la república vecina, ha aceptado de buen grado (y graciosamente, debemos hacerlo constar) la tarea de informar á sus conciudadanas de las reformas introducidas en los trajes femeniles por el capricho de las modistas. A cada REVISTA DE MODAS acompañará un figurín dibujado en París, y aquí trasladado á la madera y grabado.

Las REVISTAS DE MADRID que con el título de *Semanario pintoresco* publica en *EL GLOBO* el Sr. D. Eduardo de Palacio, han merecido la mejor acogida, y nos proponemos continuar su publicación, con ó sin ilustraciones, según lo exijan los acontecimientos que en ellas se reseñen.

Además del sueldo que diariamente consagramos á la Bolsa, publicaremos cada semana una REVISTA DE LAS BOLSA NACIONAL Y EXTRANJERAS; hecha de modo que fácilmente se puedan apreciar las alteraciones ocurridas en el valor de los fondos públicos y de las acciones de compañías que son objeto de contratación en los mercados.

En la sección de noticias, tanto interiores como extranjeras, pondremos especial cuidado, á fin de que nuestro periódico compita en este punto con las primeras publicaciones de noticias.

Varios escritores distinguidos publicarán en *EL GLOBO* semblanzas de nuestros hombres más notables en la política, las armas, las ciencias, las letras y las artes. A esta colección de retratos á la pluma, corresponderá otra de retratos dibujados y grabados por nuestros primeros artistas.

EL GLOBO publicará también á la mayor brevedad artículos de los Sres. Romero Ortiz, Carvajal, Alarcón, Canalejas, Valseca, Perez Galdós, Bremón, Sellés y otros autores. Publicaremos diariamente los anuncios detallados de las funciones que se celebren en todos los teatros de Madrid, con el reparto de papeles de las obras que se representen en los principales de ellos.

La sección artística de *EL GLOBO* será objeto de preferente atención por nuestra parte. Las condiciones de un periódico como el nuestro, popular y económico, cuya tirada ha de hacerse rápidamente, no nos permiten competir con las ilustraciones semanales que disponen de varios días para hacer la tirada con el esmero que la impresión de los grabados requiere. Sin embargo, en esto como en todo lo demás, procuraremos acercarnos á la perfección cuanto sea posible.

A la reproducción de los monumentos artísticos más célebres de todo el mundo, añadiremos la de vistas de España y el extranjero, retratos de hombres célebres antiguos y modernos, escenas populares, estudios arqueológicos, apuntes de viajes, episodios de la guerra civil, sucesos notables, caricaturas, etc., etc. Contamos para esta sección con la colaboración asidua de nuestros artistas más distinguidos.

Quando se verifique la próxima Exposición de Bellas Artes, publicaremos copias de las obras más notables que en ella se presenten.

Para las personas de dicadas á la industria ó á la agricultura, no puede ser indiferente el conocimiento de las nuevas máquinas y procedimientos que cada día se descubren en el extranjero y aun en nuestra patria, y nosotros nos proponemos insertar croquis y dibujos que den cabal idea de dichos inventos.

REGALO.

Los suscritores de Madrid, provincias, Ultramar y Extranjero que adelanten el importe de su suscripción por SEIS MESES antes del 31 de Enero, recibirán como REGALO la obra del Sr. Castelar, titulada

UN AÑO EN PARÍS.

Este libro, impreso con lujo y elegancia, forma un volumen en 4.º de VIII—328 páginas. En él traza el Sr. Castelar un cuadro vivo y animado de la vida parisiense en los tiempos del último imperio, describiendo los esplendores y miserias de la gran ciudad, con el incomparable estilo y con la mágica elocuencia que resplandecen en todas las obras del más ilustre orador de nuestro tiempo.

Creemos inútil encarecer las ventajas que ofrecemos á nuestros suscritores por seis meses,

quienes, por el módico precio de 36 rs. en Madrid y 48 en provincias, tendrán una de las mejores obras del Sr. Castelar, cuyo precio es de 24 y 28 rs., respectivamente, y un periódico ilustrado, que sale todos, absolutamente todos los días del año, y en cuya colaboración toman parte los más distinguidos escritores de España.

Habiéndose retrasado la impresión de esta obra más de lo que hubiéramos deseado, hemos creído conveniente ampliar el plazo concedido á nuestros suscritores para tener opoite á ella.

De este modo, no ya solamente los que se suscriban por seis meses á *EL GLOBO* antes del último día del año, sino los que hagan la suscripción por igual tiempo en todo el mes de Enero, tendrán derecho á recibir el libro del Sr. Castelar.

En la Administración de *EL GLOBO* se venden ejemplares de esta obra al precio de 24 rs.

Los librerías de Madrid y de provincias que deseen ejemplares de *Un año en París* dirijirán sus pedidos á los Sres. Anlo y Rodríguez, Olivo, 8 y 8, encargados de la venta al por mayor.

ANUNCIOS.

Al comercio, á la industria, á los particulares ofrecemos nuestra plana de anuncios á precios sumamente económicos. Las necesidades de los tiempos presentes han hecho indispensable el anuncio para la vida de la industria y del comercio, y la multitud y diferencia de las mercancías, así como el aumento de la población, hacen de la plana de anuncios de los periódicos la guía imprescindible de los compradores. No es posible ya vender sin anunciar, ni es posible comprar tampoco, en condiciones ventajosas, sin consultar los anuncios.

Sin duda de esto se origina en muchos casos que la farsa y el engaño usurpan el puesto á la verdad; pero no es ménos cierto que en igualdad de condiciones esta triunfa siempre. De

nada sirve que algun especulador distraiga durante unos cuantos meses la atención del público con ridículos anuncios; no pasa mucho tiempo sin que, conocido el engaño, tenga que desistirse de su propósito.

La plana de anuncios de los periódicos es un campo neutral abierto á todos: en último término la victoria es del que vale más; pero nadie puede vencer en las condiciones actuales, sin recurrir á la publicidad.

Con el objeto de proporcionar la mayor economía posible á los anunciantes, hemos fijado el precio de los anuncios en la cantidad de 80 céntimos de real línea de impresión, ha-

ciendo además la considerable rebaja de un 20 por 100 en el precio de los anuncios que se inserten más de ocho veces, dentro del término de un mes, á contar desde la fecha de la primera inserción.

Para facilitar la publicación de ciertos anuncios de cortas dimensiones, como suelen ser por lo general los de pérdidas, hallazgos, avisos, compras y ventas, almonedas y concursos, pondencia particular, hemos fijado el precio de:

DOS REALES

á los anuncios que no pasen de cinco líneas. No tenemos necesidad de encarecer las ventajas de nuestras condiciones de nuestros anuncios para el comercio y los particulares. Ningun periódico de la importancia que ha adquirido el nuestro, ofrece en este punto tales garantías de

publicidad y de baratura. La popularidad que ha logrado alcanzar *EL GLOBO* asegura á los comerciantes, industriales y particulares que nos favorezcan con sus anuncios, la publicidad que desean; la baratura de los precios hace accesible nuestra cuarta plana así á las

grandes como á las pequeñas industrias, y la índole especial del periódico,—único en su género,—asegura la duración del anuncio por un tiempo ilimitado; pues los números de *EL GLOBO* se coleccionan y encuadernan formando un tomo cada trimestre.

«EL GLOBO» INSERTARÁ COMUNICADOS Y «RECLAMOS» Á PRECIOS CONVENCIONALES.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid, un mes.	6 rs.
En provincias, un trimestre (haciendo la suscripción directamente en nuestra Administración).	24 »
Haciendo la suscripción por medio de corresponsal.	28 »
Semestre (haciendo la suscripción directamente).	48 »
Por medio de corresponsal.	50 »
Extranjero y Ultramar: trimestre.	60 »

Números sueltos: UN CUARTILLO DE REAL en toda España.

Los vendedores de periódicos, tanto de Madrid como de provincias, podrán adquirir cuantos números de *EL GLOBO* deseen, al precio de CUATRO REALES cada paquete de VEINTICINCO EJEMPLARES, enviando su importe adelantado en libranzas, sellos de Correos ó letras de fácil cobro.